

# *Marius,* el emporitano



Ilustración: Joan Barris

Título original : **Màrius d'Empúries**

Texto de **Càndid Miró Sellart**

Ilustraciones de **Joan Barris Neira y Georges Grammat**

Revisión contenidos históricos: **Joaquim Monturiol (MAC-Empúries)**

Edición, impresión y montaje: Camp d'aprenentatge **Empúries**



Camp d'aprenentatge **Empúries**

L'Escola, 2005

## CAPÍTULO I

—¡*Marius!* ¡Levántate que es tarde! —oyó a su madre llamarlo desde el piso inferior.

Entreabrió los ojos y a pesar de que todavía estaba oscuro sabía que el sol no tardaría en salir. Y no iba a permitir que éste se levantara antes que él. ¡Qué vergüenza! Todo el mundo diría que es un perezoso, y con razón.

Apartó la frazada que lo cubría y la dejó plegada a los pies de la cama, como su madre se lo había enseñado desde pequeño. Ellos no poseían esclavos y las labores de la casa las tenían que realizar ellos mismos. Se vistió con la túnica y se subió encima de la cama para abrir la pequeña ventana que a duras penas alcanzaba. Después bajó por la escalera de madera que daba a la *taberna* donde su madre ya trajinaba con ánforas de salazón, colocándolas en los agujeros del banquillo. Era un trabajo duro pero Safo se las apañaba muy bien. Por la puerta de la tienda entraban un poco de claridad y el ruido de la gente pasando por la calle principal.

—¡Buenos días, madre!

—¡Buenos días, *Marius!* Hoy tenemos mucho trabajo; tendrías que ayudarme un poco antes de ir a la escuela.

Debía apresurarse, porque llegar tarde al colegio suponía una falta muy grave cuyo castigo consistía

en recibir unos cuantos bastonazos. Su primera tarea diaria era ir a buscar agua a la cisterna del *macellum*. Las casas ricas tenían cisterna propia, pero



Ilustración: Joan Barris

no era el caso de la familia de *Marius*. Cogió una *hidria* y se dirigió a su madre.

–¿Cuántas traigo, madre?

–Hoy tiene que llegar un barco de *Massilia* y habrá mucho trabajo. Tráeme cuatro.



Ilustración: Joan Barris

Así que *Marius*, todavía descalzo, cogió otra jarra y se dispuso a hacer dos viajes. Se notaba que tenía que llegar un barco y que la gente lo sabía. Había mucho más movimiento del habitual. Su padre ya debía de estar trabajando en la factoría de salazones desde hacía mucho rato.

En el *macellum* había mucha gente haciendo cola para coger agua. *Marius* tenía la suerte de vivir enfrente y no tenía que caminar demasiado acarreando una *hidria* tras otra .

Cuando le llegó el turno hundió el cubo de madera por el agujero de la cisterna estirando de él resueltamente al notar que ya estaba lleno. La cisterna estaba bastante llena, lo que daba mucha tranquilidad. Solamente se llenaba con agua de lluvia y a medida que se iba vaciando empezaban las restricciones. *Marius* sabía que en otros lugares habían construido acueductos, unas obras muy importantes para llevar agua a la poblaciones, pero no parecía que en *Emporiae* fueran a levantar alguno. Pero a decir verdad, en muy pocas ocasiones se les acababa el agua.



Ilustración:  
Georges Grammat

Finalizada la tarea de ir a buscar agua y después de ayudar a su madre a colocar bien todas las ánforas que necesitaba tener a punto, se fue a la trastienda, el almacén interior, a desayunar.

Cortaba pan y lo iba mojando en el vino. Estaba un poco agrio y ya parecía vinagre. Pidió permiso a su madre para mezclarlo con un poco de miel y hacerlo

más agradable al paladar.

–Pero solamente un poco más –le advirtió la madre, consciente del precio de la miel.

Después de terminar su corrusco de pan, se comió cuatro higos. Justo en aquel momento, *Tiberius*, el amigo con quien últimamente tenía más amistad, lo llamaba desde la puerta. Mientras se calzaba las viejas sandalias dijo:

–Madre, después de la escuela, ¿puedo ir a jugar con *Tiberius*?

–Esto se lo tienes que preguntar a padre, ya lo sabes.

Claro que se lo tenía que preguntar a su padre; todo se tenía que preguntar al padre, pero a su madre le gustaba que se lo pidiera antes a ella, aunque siempre respondiera lo mismo. Para cualquier cosa era necesario el consentimiento de Semónidas, el *pater familias*, era como tenía que ser.

Calle arriba entró en la factoría de salazones. Como ya se imaginaba, la actividad era frenética. Su padre estaba vaciando un depósito de atún en el interior de unas ánforas especiales para la salazón. Era un trabajo duro pero bien pagado. Muy pocas veces su padre cobraba dinero; prefería que le pagasen con sal o con salazón, que después Safo vendía en la tienda o en el mercado. En aquel momento estaba tan atareado que en seguida le dio permiso para quedarse hasta más tarde con *Tiberius*. O esta es la sensación que tuvo *Marius*, porque nada más marcharse con su amigo, su padre les miró con curiosidad. No entendía el interés que tenían aquellos dos chicos el uno para con el otro. *Marius* era hijo de griegos –Semónidas y Safo lo eran– y además de familia modesta, todo lo contrario que *Tiberius*, hijo del principal mercader de *Emporiae* y de familia romana de antiguo linaje.

–¿Has notado este hedor? –le preguntaba *Tiberius* a su compañero, al pasar por delante del templo de *Asklepios*.

–Es el *garum*. Lo deben de estar preparando para cargarlo en el barco. ¿Ya sabes que hoy tiene que llegar uno de Marsella?

–¿Cómo quieres que no lo sepa? Hace tres días que en casa no se habla de otra cosa. Mi padre espera un cargamento con ánforas nuevas para el vino y el aceite.

En aquel momento salían por la muralla griega. A su izquierda el sol dibujaba un camino de luz sobre el mar que les hizo cerrar los ojos durante unos instantes.

## CAPÍTULO II

*Marius* y Tiberio resiguieron la muralla por su lado exterior. Hacía tiempo que aquellos muros solamente servían para marcar los límites de la ciudad y para impedir las visitas nocturnas de jabalís y zorros. Eran tiempos de paz.

Cuando estaban a punto de entrar por la puerta de la muralla romana, después de pasar la mano por el símbolo esculpido en la piedra, aquella figura que daba buena suerte y prosperidad a todos los habitantes, *Tiberius* se giró hacia otro lado.

–¡Mira! –Señalaba una columna de humo rodeada de gente, aproximadamente a medio kilómetro de distancia, junto a la calzada.

–¿A quién incineran? ¿Lo sabes?

–Ni idea. ¡Vamos!

Mientras atravesaban la puerta, a *Marius* le venía a la mente su abuelo. Hacía tiempo que estaba muy enfermo, recluido en el templo de *Asklepios*. El abuelo insistía en que, si moría, no quería ser incinerado como los romanos. Meneó la cabeza para cambiar de pensamiento.

Se hallaban en la calle principal de *Emporiae*. A ambos lados se abrían diferentes tipos de *tabernae*. En una de ellas, en el primer piso, estaba la escuela. Entraron y subieron por la escalera de madera.

Saludaron al *literator*, el cual les devolvió el saludo educadamente. Ya

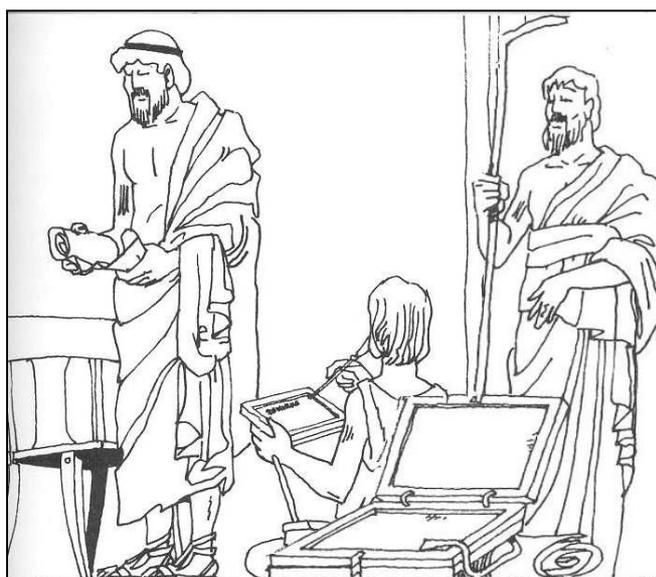


Ilustración: Georges Grammat

había unos cuantos niños trabajando. Una puerta comunicaba con la sala donde estaban las niñas. *Marius* echó un vistazo a Gala, la hermana de *Tiberius*, que estaba sentada en la banqueta escribiendo en un pergamino. Gala era, de todos los alumnos, la que escribía y leía mejor. Cuando entró en la escuela por primera vez, lo hacía a la perfección, mejor que *Marius*, que ya hacía un año que iba a la escuela. ¡Y qué letra! *Marius* se moría de envidia. Él tenía la suerte

de que el cálculo y los números se le daban muy bien. Pero esta habilidad no le servía de gran cosa con Gala, porque ella lo ignoraba completamente.

Hete aquí la cuestión. *Marius* estaba un poco enamorado. O quizá bastante enamorado. O mucho. Incluso cabía la posibilidad de que se hubiera hecho amigo de *Tiberius* para estar más cerca de aquella chica. No lo había comentado con nadie, claro. Se le habrían reído en la cara, le habrían tomado el pelo durante meses. Y con razón: él sabía que chicos y chicas no tenían que mezclarse, pero no podía hacer nada. El corazón lo traicionaba.

Junto a Gala vio al esclavo de la familia, el *pedagogo*, que se dedicaba a vigilarlos cuando estaban en la escuela. Llevaba el bastón sobre el que se apoyaba y con el que atizaba algún bastonazo a *Tiberius*, si lo creía necesario. Los bastonazos dolían, pero todavía dolía más el hecho de que el esclavo se lo explicara a su padre. ¡Qué vergüenza, pobre *Tiberius*! *Marius* nunca había visto ni oído que pegara a Gala.

La familia de *Marius* no tenía esclavos. Claro que él tampoco habría necesitado un *pedagogo*. Muchas veces su madre le decía: “Vales tu peso en sal”. Y era verdad: *Marius* era un buen chico.

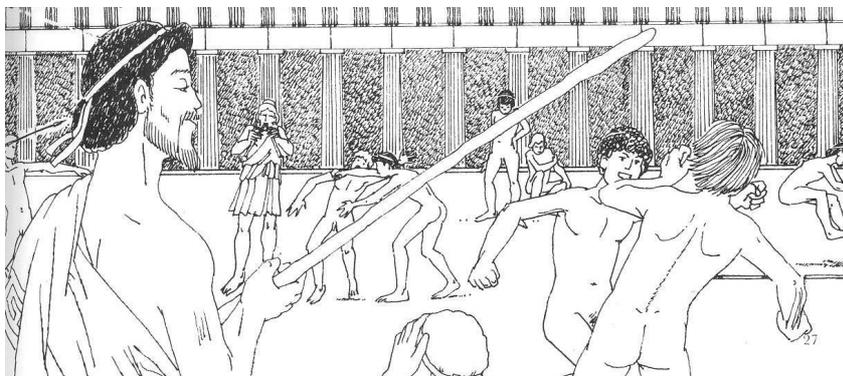
Cogió una tablilla de madera del montón y calentó la cera en absoluto silencio. Se sentó en la banqueta y empezó a copiar el papiro que tocaba con un punzón de madera. Era su tarea diaria, la de todos: copiar el texto que el *literator* decidía y después memorizarlo. Se concentró en ello. A ver si podía hacer tan buena letra como Gala.

Al cabo de tres horas de trabajo ininterrumpido llegó el *paidotriba*, el entrenador. Se llevó a todos los niños a la palestra situada fuera de la muralla. Mientras atravesaba la puerta miró a lo lejos y vio que la incineración ya había acabado. Se distinguían unos hombres faenando, quizás construyendo algún monumento funerario.



Il·lustració: Joan Barris

En la palestra ejecutaron ejercicios gimnásticos. Antes se habían desnudado, porque sudaban y no querían que la ropa oliera mal. Todavía faltaban tres días para hacer la colada, el día de los baños.



Il·lustració: Georges Grammat

cuando la gran Roma necesitara soldados en su conquista de más territorios o parar sofocar revueltas en cualquiera de las colonias que tenía repartidas por todo el Mediterráneo. Tenían que estar fuertes y acostumbrados a la lucha y a los golpes.

Al terminar se lavaron un poco para ir a comer. Entraron de nuevo a la ciudad. En la puerta de la escuela estaban Gala y el *pedagogo* esperando a *Tiberius*.

–Voy a casa a comer y nos encontramos en el *forum*, -dijo *Tiberius*

– ¡Hasta ahora!

*Marius* solía comer al lado de la escuela. Justo allí vivía su tío *Artafernes*, hermano de su padre, que también regentaba un negocio, una mezcla de *taberna* y de *thermopolia*, donde ofrecía comida caliente. Desde el porche, bajo cubierto, saludó a su tío que se hallaba tras el mostrador. El tío le devolvió el saludo mientras le llevaba un poco de pan, queso, dátiles y nueces. A su lado había un grupo de hombres que comía lo mismo. Charlaban del tema del día. Uno de ellos, que hablaba latín, sostenía que ya era tarde y el barco no había llegado, que quizás se había estrellado contra los arrecifes de *Cala Culip*, como otros tantos barcos. Otro, en griego, argumentaba que no podía ser, que no hacía suficiente viento como para que hubiera problemas, y era precisamente por esto, por lo que se estaba retrasando. Y todavía quedaba un tercero que hablaba en latín, pero con un fuerte acento íbero, que sostenía que vete a saber cuándo llegaría. Aún seguían discutiendo cuando *Marius* ya había acabado y se estaba despidiendo de su tío. Él no pagaba cuando se quedaba a comer. *Artafernes* ya se entendía con su hermano. *Semónidas* le pagaba con sal o salazón, que el tío utilizaba en la *thermopolia*.

*Marius* se dirigió hacia el *forum* tranquilamente

### CAPÍTULO III



Ilustración: Georges Grammat

En el *forum* caía un sol de justicia. *Marius* se quedó en la sombra del *ambulacrum* mirando qué hacía la gente. Estaba medio vacío. Las puertas de los edificios oficiales permanecían abiertas pero no se observaba movimiento. Tampoco se veía a nadie en la zona de los templos. A esa hora la mayoría de la gente estaba comiendo o durmiendo la siesta. Había grupos de chiquillos haciendo rodar el aro o jugando a los dados o a las tabas. Se acercó a un grupo de chicos que bebían vino en una *taberna*; tiraban el poso que les quedaba contra un plato sostenido por un palo, para ver quien lo tumbaba. Se trataba de un juego griego que se había conservado en *Emporiae*. Lo llamaban *kottabos*.

—¿Quieres venir a casa? —La voz de Tiberio le había cogido por sorpresa.

—¿Qué quieres, que tu padre me vuelva a echar como la última vez?

Era cierto. Antonino, el padre de *Tiberius*, no quería que su hijo se mezclara con chicos de familias modestas, y todavía soportaba menos que los llevara a casa. Sin pensárselo dos veces, los echaba sin contemplaciones. Esto, a *Marius*, no le había gustado mucho.

—No te preocupes. Está en las termas, realizando sus negocios.

—¡Qué suerte! —Parecía que *Marius* se refiriera al hecho de la ausencia del padre, pero en realidad pensaba en la suerte que tenían aquellos con suficiente dinero como para ir a las termas cuando se les antojara.

*Marius* se quedó en la puerta, disimulando, mirando el trazado impecable de la calle y la poca gente que circulaba por ella. Mientras tanto, *Tiberius* se aseguraba de que su padre seguía estando en las termas.

Efectivamente. Desde el *atrium Tiberius* hizo una señal a su amigo para que entrase. La madre, Julia, todavía estaba durmiendo la siesta, pero ella no sería ningún problema, no diría nada. Los esclavos que deambulaban per la *domus* tampoco abrirían la boca.

A la sombra del *atrium*, Gala estaba bordando. *Marius* estaba fascinado, como siempre. “¿Es que todo lo hace bien?” pensaba. Ella ni se lo miró.

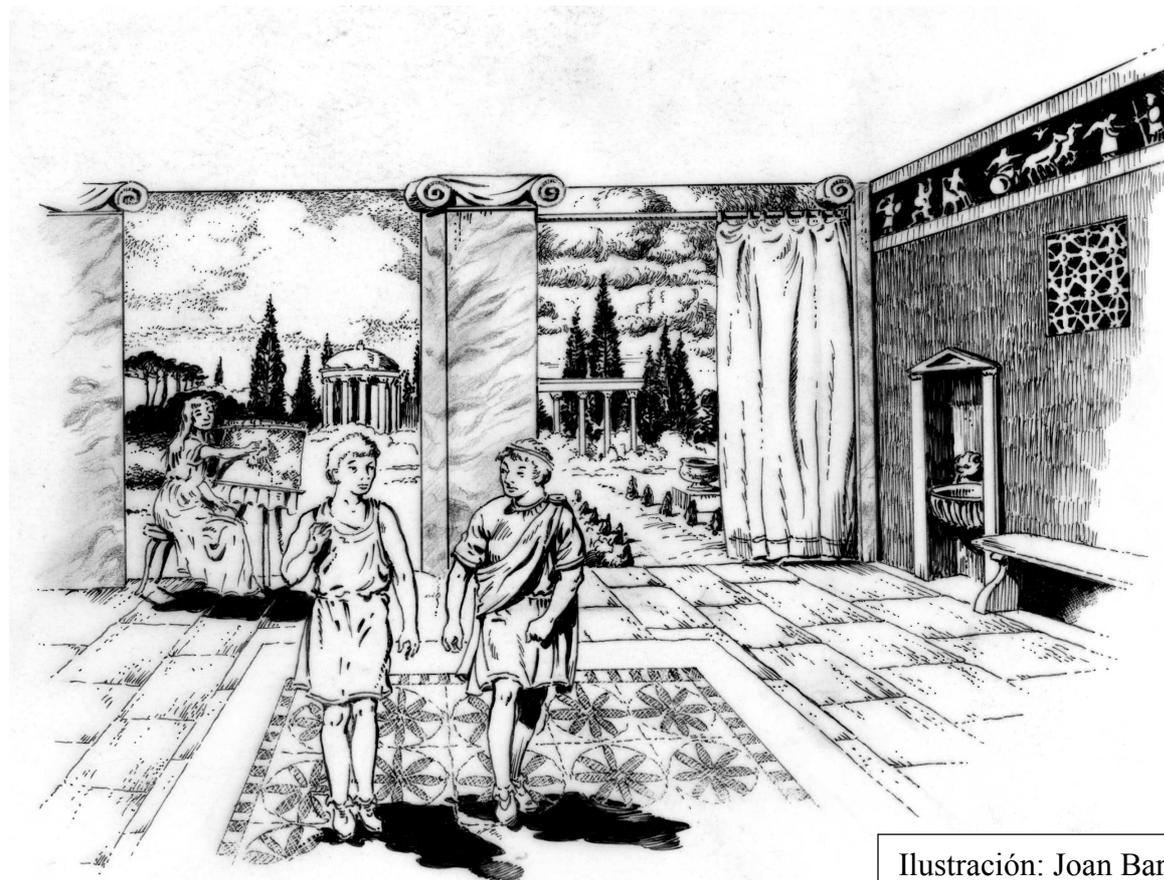


Ilustración: Joan Barris

—¿Quieres ver las salas de los banquetes? —*Tiberius* sabía que los mosaicos del suelo y las pinturas de las paredes de las habitaciones principales le robaban el corazón a *Marius*. Eran de un lujo inimaginable para él. Las habría estado contemplando durante horas y horas. *Tiberius* le iba explicando los banquetes nocturnos que su padre celebraba con músicos, bailarinas y malabaristas, mientras los convidados entraban y salían para ir a vomitar y luego continuar comiendo, tal y como era costumbre. Costumbres de los ricos, porque en casa de *Marius* nunca lo habían hecho, aunque los médicos lo recomendasen.

En todas las habitaciones había recipientes con agua. En aquella casa no solamente disponían de cisterna propia sino también de un pozo. Y como la

ciudad romana estaba edificada en una zona más elevada, el agua de los pozos casi nunca sabía a sal.

Estaban tan embelesados entre unas cosas y otras que no se percataron del revuelo que de repente se había extendido por toda la casa. Cuando Gala los llamó, la miraron alarmados.

–¿Ha regresado padre?

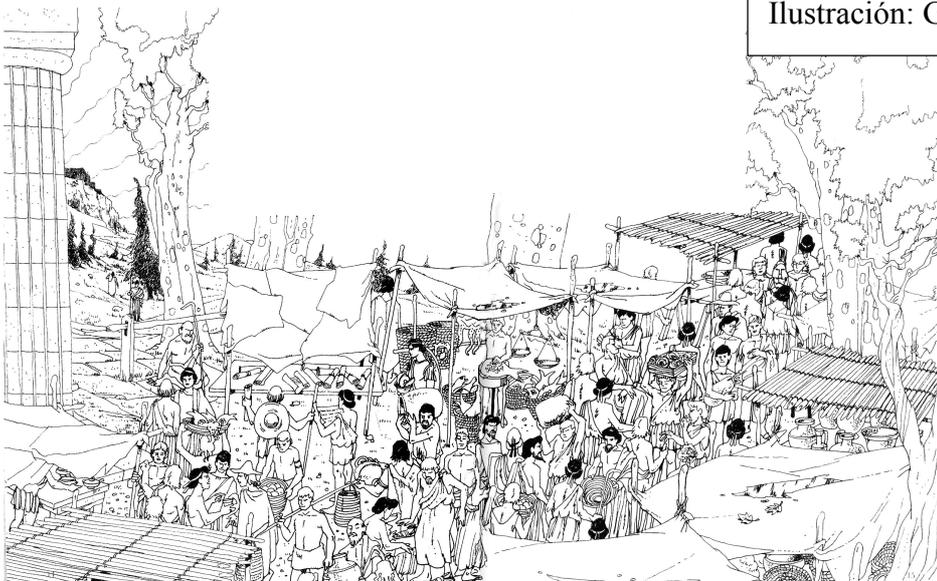
–Todavía no, pero no tardará, porque ya ha llegado el barco.

–¡Pues, venga, vamos!

Los dos muchachos se apresuraron, no solamente por el peligro que entrañaba la aparición del padre, sino también porque no querían perderse el espectáculo del barco en sí mismo, las tareas de descarga de las mercancías y los tenderetes que se montaban en cuestión de pocos minutos en el *agora* de la ciudad griega. Giraron por la calle principal hacia la derecha para ir a buscar las escaleras que bajaban hasta la Neápolis, a la altura del puerto. Desde la esquina ya pudieron ver el barco, con las velas triangulares recién plegadas. A *Marius* siempre le daba un vuelco el corazón.

Se dirigieron hacia el *agora* donde iban llegando carros tirados por burros llenos de ánforas nuevas por estrenar. Parece ser que antes habían descargado otras cosas porque ya se veían tenderetes de tejidos, de perfumes, de figuras de dioses y colgantes.

Ilustración: Georges Grammat



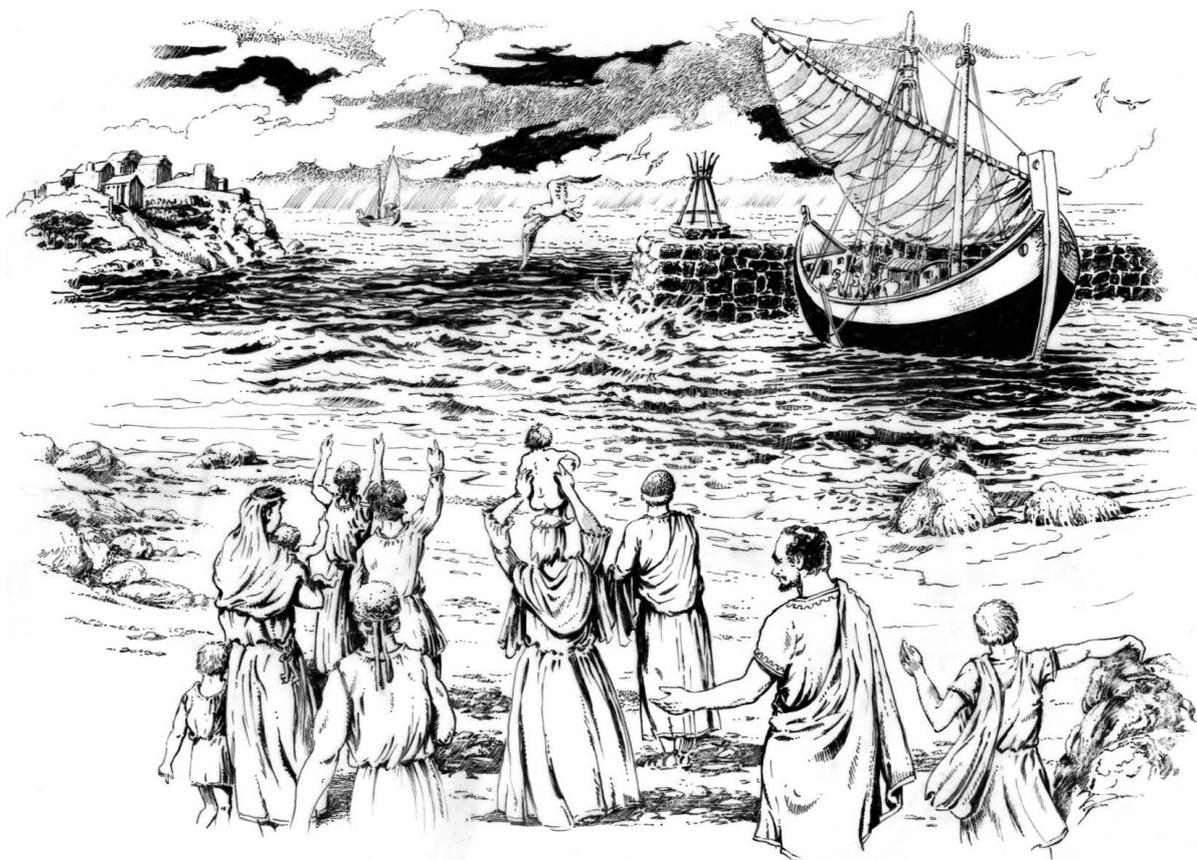
–¡Qué bien que te haya encontrado! –era la voz de Safo, la madre de *Marius*. Tendrías que ir a la tienda, a vigilar, y así yo podré mirar qué cosas han traído. –En la cara de *Marius* se podía ver dibujada la desilusión y su madre se dio cuenta–. ¡Va, cielo, sólo será un momento!

“¡Sí, claro, sólo un momento!” pensó *Marius*, pero no quiso contradecir a su madre y se despidió de *Tiberius*.

–No te preocupes. Me acercaré hasta el barco y si me regalan algo ya lo compartiré contigo.

–Gracias, *Tiberius*. Buena suerte.

## CAPÍTULO IV



Mientras se dirigía a la *taberna* iba pensando que era afortunado por tener a un amigo como *Tiberius*. Desde la puerta de la tienda podía ver el ir y venir de la gente ajetreada, y también los productos que descargaban en el *macellum*, el mercado cubierto de enfrente de su casa.

Se sentó en la acera, apoyado en el quicio de la puerta, a resguardo de los pocos carros que circulaban por la calle principal de la ciudad griega. Se imaginaba que la mayoría de ellos debían de pasar por el camino de las dunas, dirigiéndose a la puerta del *forum*, al barrio donde había más gente, y

donde vivían los comerciantes más ricos. Por delante de su casa sólo circulaban los que iban o venían de la factoría de salazones y del *macellum*.

Al cabo de un buen rato llegó *Tiberius*.

–Nada, ¡qué marineros más antipáticos! ¿Te acuerdas de aquellos que nos regalaron las peonzas de barro?– *Marius* todavía la guardaba.

–Sí, pero al menos has visto el barco de cerca.

–Y tú también lo podrás ver. No zarpará de aquí a tres días. Lo tienen que cargar de vino y aceite y cebada y salazones, por lo que he oído.

En se momento llegó Safo trayendo unas angulas.

–Me han dicho que las han pescado esta misma mañana en el *Clodianus*. ¡Ya verás qué cena prepararemos.!

A *Marius* le cambió la cara. Su madre era una magnífica cocinera. Aquellas angulas en sus manos y con unas cucharadas de *garum*... aquello sería una cena de fiesta.

–¿Comeremos también pastelillos de miel? –Su madre los había preparado dos días antes y los iba dosificando.

–¡De acuerdo! Pastelillos de postre, que hoy te has comportado muy bien. Pero antes coge aquel cesto de fruta y llévaselo a tu padre.

–¿A padre? ¿Dónde está?

–En el *Asklepieion*.





“¡Oh, no!” pensó.

*Tiberius* lo acompañó hasta las puertas del templo y después se esfumó.

*Marius* subió las escaleras del templo, llevando la cesta con las dos manos, en actitud de ofrenda. De hecho, estaba realizando la ofrenda. Aquellas frutas eran para el dios de la medicina, *Asklepios*, como lo llamaban los griegos, o *Esculapio*, como lo llamaban los romanos en latín.

Un sacerdote le cogió la cesta y le indicó el camino que él ya conocía, hacia el *abaton* donde permanecían los enfermos. Allí estaba su abuelo, *Alexandre*. Estaba estirado boca abajo con unas botellas redondas pegadas en la espalda. Semónidas estaba a su lado. Saludó al abuelo, que no hacía buena cara. Enseguida le vino a la mente la escena de la mañana, con la incineración a extramuros. A los griegos no les gustaba demasiado quemar a sus muertos, ellos preferían enterrarlos. Pero las nuevas costumbres romanas se iban imponiendo. Apartó aquellos pensamientos de su cabeza.

Los enfermos permanecían en el templo confiando en que su dios les hablara en sueños. Los sanadores, después, les preguntaban qué habían soñado e intentaban interpretar las pistas que el dios les enviaba a través de los sueños sobre el tratamiento que debían aplicar a los enfermos. Pero de momento, las interpretaciones de los sueños de *Alexandre* no estaban dando resultado.

—¿Has hecho ya la ofrenda al dios? —preguntó el padre. *Marius* asintió con la cabeza—. Pues ya podemos ir marchando porque al abuelo le están realizando una cura.

Salieron en silencio y *Marius* no se atrevía a preguntar si el abuelo viviría o no. Ya cerca de casa vieron a la madre cocinando en la puerta y hablando con una vecina. Aquello les distrajo de sus pensamientos sobre *Alexandre*.

—¡Angulas! ¡Esto sí que es una cena de primera!

Y así fue. En la mesa de la tienda, cuando todavía entraba la luz crepuscular por la puerta, se zamparon las angulas con el *garum*, también lechuga y atún en salazón, y los famosos pastelillos de miel de Safo. Bebían vino mezclado con miel, un poco más aguado para *Marius*.

—Padre —dijo *Marius*—, ¿por qué no me cuentas alguna historia griega?

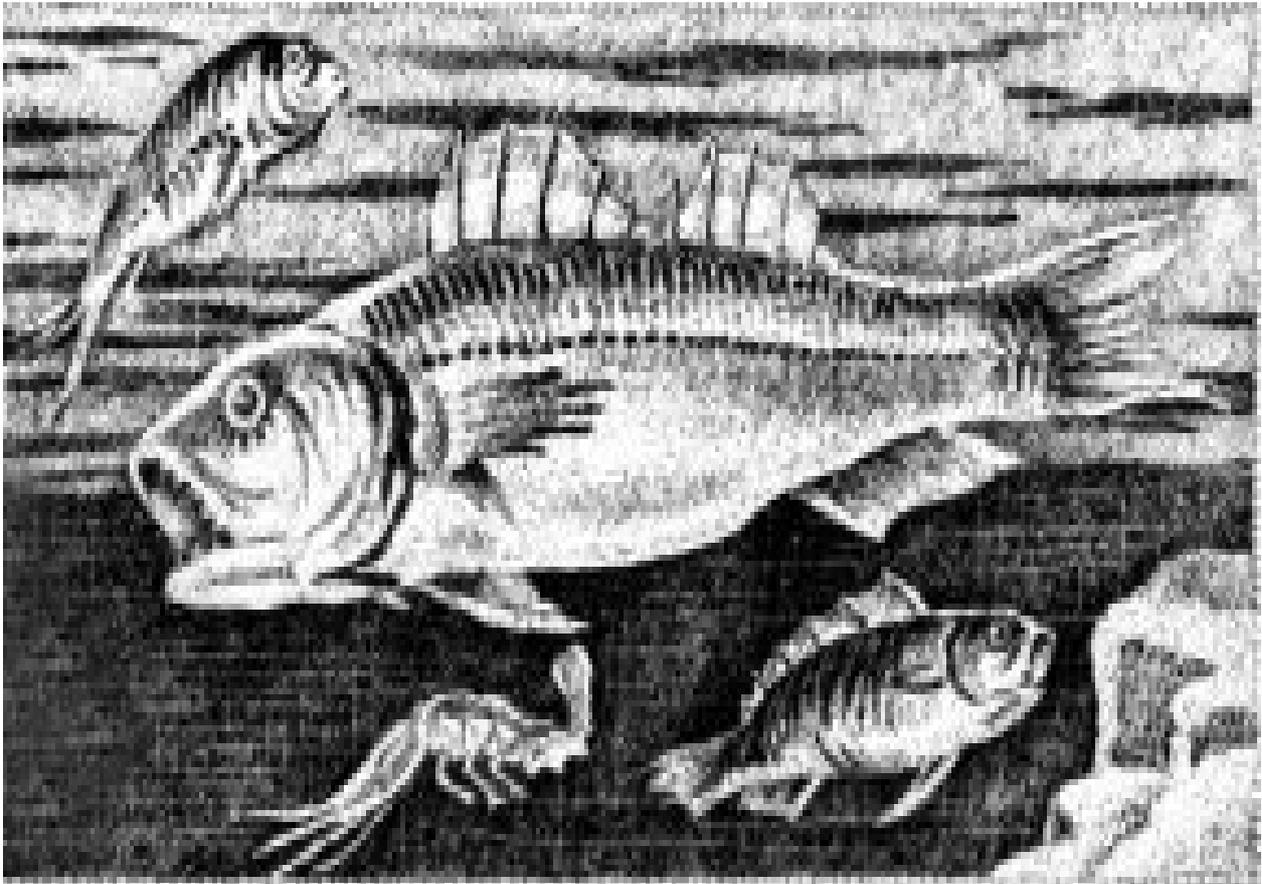
*Marius* disfrutaba con las historias de la mitología griega que le narraba su padre, el cual tampoco se hacía de rogar demasiado, quizás porque se

acordaba de cuando *Alexandre* se las relataba a él de niño, y de lo mucho que le gustaban.

–¿Sabes qué ocurrió cuando *Herakles* se enfrentó a Tritón, el monstruo medio hombre y medio pez?

Claro que lo sabía. Pero estaba dispuesto a volverlo a escuchar una y mil veces más.

Y hasta que no hubo terminado la historia, ya bien entrada la noche, su madre no le dio la lucerna encendida para irse a dormir a su cama de paja. Mientras se tapaba con la frazada pensó en el dios *Herakles*, a quien su amigo *Tiberius* llamaba *Hércules*, como todos los romanos. Esto le hizo pensar en la cama de lana en la que dormía *Tiberius*, ¡qué suerte tenía!, y se durmió con ese puntito de envidia.





Camp d'aprenentatge **Empúries**